

Camino seguro al Cielo

PREGÓN DE LAS GLORIAS DE SEVILLA



Fernando Vaz Calderón

Iglesia Colegial del Divino Salvador
Sevilla, 2 de mayo de 2025

A Iballa.

Edita

Consejo General de Hermandades y
Cofradías de la Ciudad de Sevilla

© de la edición, Consejo General
de Hermandades y Cofradías de
la Ciudad de Sevilla

© del texto, Fernando Vaz Calderón

Depósito legal

SE 757-2025

Imprime

Artes Gráficas Moreno

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, incluido Internet.

Con mi más sincero agradecimiento a los artistas que han colaborado desinteresadamente para magnificar con sus ilustraciones la sencillez de este texto (según el orden de aparición de las obras):

Fernando Martínez Jiménez (Portada).

Miguel Ángel Vaz Calderón.

Ricardo Gil Lozano.

Carlos Peñuela Jordán.

Ana Lucía de Felipe García.

Rocío Sáez Millán.

José Tomás Pérez Indiano.

Álvaro Gavilán Méndez.



EN EL TEMPLO DE DIOS



Hay mucho espacio aquí. Acertó de lleno el Santo

Patrón de Sevilla, Rey de cuyo nombre esta voz hace gala, cuando dedicó esta amplitud tan fascinante al «Divino Salvador del Mundo»¹. Sí, sin duda que hoy, tanto tiempo después, podemos decir que vislumbró acertadamente sus razones. Porque impone mucho esta atmósfera apacible y flotante que se percibe nada más entrar, se acrecienta cuando los hilos de la voz brotan como diluidos en forma de telaraña incapaz de abarcar tanta oquedad, y se confirma cuando a cambio se reciben las miradas de quienes escuchan y que estos muros hacen lejanas, como salidas de un mirador que estuviera en la otra punta de la sierra.

Sí, hay mucho espacio aquí. Tantas cavidades impresionan. Pero -permítanme que hable así, tan en primera persona- yo confío en Ella, en la Virgen María. Confío tanto que sé que no me va a dejar solo en esta mi pequeñez, aún más apreciable en este instante al hallarme a los pies de este majestuoso retablo barroco de la Transfiguración del Señor. Y sé que va a interceder por mí para que este mensaje sencillo pero rotundo llegue con claridad y no se pierda entre tanta grandiosidad de piedra fresca y altos muros.

Porque sintiéndome como me siento ahora, asido a la calidez de sus manos, sé que ya puedo desvelar sin temor alguno cuál es la intención

¹ Nombre con el que el Rey Fernando III «el Santo» distinguió a este Templo.

que persigo con esta comparecencia, y que no es otra que la de colmar este sorprendente espacio con la pasión que le profesamos invocando la admiración que siento por las Hermandades de Gloria, pequeños relicarios que custodian el amor a María y a los Santos, y con cuya devoción piadosa ningún Templo podrá encontrarse jamás ausente de Nuestra Señora.

He venido para esto, nada más que para esto, a llenar esta inaudita construcción con la presencia continua de la Virgen gloriosa. En sus manos pongo mis intenciones, que no son buscar reconocimiento alguno, sino sapiencia para expresar mi agradecimiento a Dios por tantos talentos recibidos, como en la parábola², y por poder descubrir tantas estampas maravillosas mientras sigo vuestra estela, queridas Hermandades de Gloria.

Por eso hoy quisiera hacer de estas palabras un particular «*Totus Tuus*»³ heredado de San Juan Pablo II, un «todo tuyo» por siempre y para siempre, un principio de adhesión a la Virgen aprendido al abrigo de mis padres y hermanos, cimentado en nuestras Hermandades y Cofradías, y transmitido espero con acierto a mis hijos y a la familia que con su bendición y con el amor de mi mujer he podido crear.

Que ya por fin después de tanta espera, impaciente como el primer rayo de sol que te alcanza, doy inicio a este discurso buscándote a Ti, Patrona de los sevillanos, para rogarte que conviertas en realidad este afán al que humildemente aspiro.

Haz que esto se cumpla como si fuera el primero de los tres deseos lanzado a las ocho menos tres minutos de tu mañana, y no me abandones a mi suerte en esta hora que así, en un vuelo intangible con alas de santidad me aferro al cancel de tu Capilla Real; y así, desnudo de alma y enamorado de corazón te entrego estas cuartillas para que seas Tú quien por mí hables, para que seas Tú quien describa cómo has reinado en los siglos, cómo escuchas a quien se acerca, cómo sabes de Sevilla y de sus desvaríos, de su Fe y de su tiempo, de sus virtudes y de sus miserias. Contigo empiezo, Señora, esta declaración incontenible que ya se escapa por

² Evangelio de San Mateo, 25: 14-30.

³ Lema del pontificado de San Juan Pablo II.

la boca y que quiere llenar el hueco asombroso de esta Iglesia Colegial con la devoción que te profesamos para que acompañe a mis palabras hasta que éstas concluyan:

Hoy quisiera llenar este vacío
tan inmenso, tan alto y poderoso,
con tu rostro enigmático y glorioso
y mi voz presentándote al gentío.

Que en Sevilla provoque escalofrío
este canto elevado y fervoroso,
que tu gesto cuidado y misterioso
traiga luz a este mundo tan umbrío.

Aquí estoy, mi Señora y Majestad,
rogando que mis dudas atropelles,
que este espacio de tanta inmensidad

se consagre al dictado de tus leyes,
y estas naves se llenen de verdad
del amor a la Virgen de los Reyes.



PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

Saludos protocolarios.

Recién comenzada esta retahíla gloriosa, debo reconocer que me resulta del todo imposible encontrar las palabras adecuadas y justas para devolver en forma de agradecimiento la confianza refrendada por la Autoridad eclesiástica, y la iniciativa de nombramiento llevada a cabo por la Sección de Glorias del Consejo General de Hermandades y Cofradías, cuya representación ostenta su Presidente.

Este testimonio de gratitud lo hago extensivo al Ilmo. Sr. Delegado de Fiestas Mayores, a quien debo mostrar también mi admiración por la habilidad exhibida para dejarme en tan buen lugar, teniendo en cuenta las debilidades y defectos que sé llevo conmigo.

Feliz obligación por mi parte es también corresponder a esta «Franciscana Hermandad Sacramental de la Santa Cruz y Nuestra Señora de los Desamparados» del Parque Alcosa, cuya Imagen Titular preside este acto, por las innumerables atenciones mostradas con el pregonero, y que sin duda han ayudado a hacer frente a la soledad del papel en blanco con la certeza de saber que Ella, como hoy, me amparaba en este cometido.

Y gracias siempre, mientras me quede un solo hálito, al resto de esas admirables Hermandades de Gloria. Gracias por tanto cariño entregado y por tantas cosas enseñadas en estas semanas atrás, cada una de las cuales son ya de por sí un auténtico pregón presente para el resto de mi vida.

Y así, deudor de tantos, doy comienzo a esta letanía:



**LA HUMILDAD
DE LA VIRGEN**
(«¿QUÉ TE DIGO,
MADRE MÍA?»)



«**La quedado particularmente grabado en mi memoria el recuerdo del Santo Sepulcro**, con muchas flores y luces de colores, que se erigía entre el Viernes Santo y el Domingo de Pascua, y que nos ayudaba a sentir próximo el misterio de la Muerte y Resurrección, a percibirlo con nuestros sentidos internos y externos, mucho antes que cualquier intento de comprensión racional»⁴.

Estas palabras autobiográficas del Santo Padre Benedicto XVI definen claramente la importancia de los sentidos en esta tarea de entendimiento del misterio más relevante para la vida de los cristianos: el de la Resurrección del Señor. Sin la Resurrección de la carne, la vida de los creyentes estaría abocada a morir en un desierto infinito y tenebroso llamado desesperanza. Y eso –discúlpenme otra vez esta primerísima persona– es inadmisibile para un macareno.

Así pues, una vez cerradas las puertas de Santa Marina con el primer anuncio, dispongámonos nosotros a abrir los sentidos a las Hermandades de Gloria, misioneras fundamentales en la enseñanza de este misterio. Empapemos los ojos, el olfato, el gusto, el oído y el tacto con la nueva venida de este tiempo de la Ciudad que estas Hermandades pregonan. Lleguemos a María y a los Santos a través de su maestría, y consigamos alcanzar las virtudes de la Madre del Redentor con lo que prontamente

⁴Joseph Ratzinger: «Mi vida» (Capítulo «Infancia entre el Inn y el Salzach»).

empezaremos a vivir en nuestras calles. Porque llegar a alcanzar las virtudes de la Virgen para hacerlas nuestras es la mejor forma de honrar a estas Hermandades y de ponerlas aún más en valor para Sevilla y su Iglesia.

Y es que, desde que era una niña, Ella, la Virgen María, siempre rebajó su propia estima para poner su persona al servicio de los demás. Nunca se prefirió más que a otros semejantes. Decía Santa Teresa que «la humildad es andar en la Verdad»⁵, de manera tal que quien no es humilde vive permanentemente en la mentira, concepto incompatible con Dios, que es la Suprema Verdad de los hombres. Y Ella, nuestra Madre del Cielo, es fuente inagotable de humildad.

Nunca tomó como propias las alabanzas referidas, sino que, recibéndolas, las condujo inmediatamente a Dios, como bien se nos demuestra desde el momento mismo de la Anunciación al otorgarse ya en esa primera hora la condición de «esclava del Señor»⁶; nunca reconoció su cualidad de elegida, como se comprueba en la respuesta dada en el «Magníficat» tras el encuentro con su prima Santa Isabel y la asignación del título de «Bendita entre todas las mujeres»⁷; y nunca pretendió estar al lado de su Hijo en los momentos afables, ocultándose y no queriendo aparecer junto al Maestro cuando entró en Jerusalén rodeado de palmas y olivos –pues no se lee tal cosa en las Escrituras–, y sí que quiso, en cambio, estar presente en los más oscuros y dolorosos que se produjeron en el Monte del Calvario con la tortura infringida al fruto de su vientre.

Por eso quiere ahora el pregonero recoger este legado de la sencillez, y reconocerlo y brillantarlo en el cristal de esas devociones, algunas imbricadas desde siempre, y otras ya arraigadas en Sevilla, y que son tan nuestras, tan de vosotras, Hermandades de Gloria. Advocaciones humildes tan cercanas a la Virgen que bien merecen una plegaria igualmente modesta y afable:

⁵Santa Teresa de Jesús: «Las Moradas del Castillo Interior» (Moradas Sextas. Capítulo 10.7).

⁶Evangelio de San Lucas, 1: 26–38.

⁷Cántico del Magníficat. Evangelio de San Lucas, 1: 46–55.

Soleares, tercerillas,
dan compás a mi alabanza
y a la Fe de sus letrillas.

Estas son las Hermandades
que ennoblecen este mundo,
feria de las vanidades.

Va por ellas.

¿Qué te digo, Madre mía,
si tu amor es más hermoso
que la más hermosa dicha?

¿Qué te digo?

¿Que eres verso en la oración,
y por San Juan XXIII,
la gloriosa Anunciación

que lleva cincuenta años
recordándole a su Virgen
que el Arcángel es su barrio?

¿Que eres, Virgen Milagrosa,
el poder de una Medalla,
que a los miedos los derrota?

¿Que eres puro Corazón
-Heliópolis, Torreblanca-,
y el del Hijo por Nervión,

donde todos los latidos
se concentran en el pecho
de María y de su Hijo?

¿Qué te digo?

¿Que en tu barrio tan lejano
eres, Virgen del Juncal,
el amor más sevillano?

¿Que eres, Virgen Valvanera,
la emoción de los ancianos
y en septiembre, primavera?

¿Que eres, dulce Encarnación,
con tu libro en Los Terceros,
la que más sabe de Dios?

¿Que en tu Libro de las Horas
está el Voto immaculista
que Sevilla rememora?

¿Que en el Niño de las Aguas
del Templo del Salvador
regresamos a la infancia?

¿Que eres Tú, mi Patrocinio,
una rosa en San Bernardo
que en noviembre ha florecido?

¿Qué te digo?

¿Que eres toda inmensidad
y oleaje costalero
que acaricia como el Mar?

¿Que eres Tú la timidez
porque sales, Guadalupe,
cada cinco y cada diez?

¿Que un mural es el amor
que en San Lorenzo enamora,
Virgen de Rocamador?

¿Que eres, Virgen de la Antigua,
la más ejemplar de todas,
la del amor sin medida,

la que vive en los Conventos
de mi Sevilla bendita
para mostrarnos el Cielo?

¿Qué te digo, Madre mía,
si tu amor es más hermoso
que la más hermosa dicha?

Yo te digo en poesía
que la Gloria es un reflejo
de estas Glorias de Sevilla,

las que ofrecen sencillez,
y su entrega generosa,
y su esfuerzo en la escasez,

que estas son las Hermandades
que ennoblecen este mundo,
feria de las vanidades.

Hermandades de María,
estandartes de la Virgen
que embellecen cada día,

porque ven en su pobreza
y en su espejo de humildad,
la razón de su grandeza.



**LA VIRGEN ANTE
LA ADVERSIDAD**

Si no somos capaces de imitar a la Virgen en todas sus virtudes, al menos intentemos parecernos a Ella en esta de la humildad. La humildad es imprescindible para afrontar con entereza los envites de la vida.

Desde que nacemos, un deseo innato guía nuestras actuaciones: alcanzar la felicidad. Y, sin embargo, qué fácil es comprobar cómo esta búsqueda incansable tropieza constantemente con un enemigo infranqueable: el dolor. El dolor del alma, que es el que no se ve, y el dolor del cuerpo, que es el que se padece en la enfermedad, y ante la que siempre podremos encontrar el consuelo de ese Sol de la Salud que vive en «El Plantinar».

Realmente, el sufrimiento, sea del tipo que sea, nos ayuda a entender el mundo mucho más conforme a su verdad al situarnos en ese escenario cierto de la debilidad y la finitud. Por eso, evocar la figura de la Virgen como intercesora y Abogada Nuestra -esencia de las Hermandades de Gloria- debería ser algo habitual en la vida de los cristianos: ¿Qué nos cuesta acordarnos de Ella al finalizar el día, rezándole tres Ave Marías mientras también se lo enseñamos a nuestros hijos o a nuestros nietos? ¿Qué nos cuesta acordarnos de Ella y dedicarle una buena acción que en cualquier momento hagamos, por pequeña que sea, brindándosela como un ramito de flores puesto a sus plantas, con naturalidad y discreción?

¿Qué nos cuesta dirigirnos a Ella un ratito en la intimidad de nuestra parroquia, no como impostados santurriones de golpes de pecho y tanto que esconder, sino como hijos predispuestos y convencidos de tal condición? ¿No gustan estas cosas a nuestra madre en la tierra? ¿Cómo es entonces que no le agradarán igualmente a la del Cielo? ¿Tanto sacrificio conlleva hacerlo? Bien que nos conviene no olvidarnos ni olvidarla, porque llegará un día en el que, cuando el tiempo venza y el final nos aceche, entonces sí que querremos agarrarnos al poder de esta Mujer cuya fuerza es capaz de poner en paz a Dios con los hombres.

Por eso, estas consideraciones deben servirnos para entender que aceptar la voluntad de Dios e invocar la Gracia de la Virgen para poder resistir la carga de nuestras cruces, son los verdaderos secretos de la felicidad del cristiano, de esa felicidad que antes mencionábamos y que siempre anhelamos conseguir. No esperar que esas cruces se quiten de nuestra andadura, no, que eso será cosa propia de la Vida Eterna y no de esta, sino pedir fuerzas suficientes para soportarlas con ánimo y confianza, y hacerlo de esta forma, sobre todo en las penurias de la enfermedad y otras situaciones de angustia.

Y es que en Ella, en la Madre de Cristo, se encuentra el camino seguro al Cielo que da título a este Pregón y el fanal sagrado que nos permitirá completar este apasionante trayecto de la vida sin miedos ni temores, con paciencia y confianza, con amor y misericordia, con perseverancia y fortaleza, con ilusión y alegría. Pero ¿con qué alegría, con la que se ve por fuera en la sonrisa o con la que se siente por dentro en el alma?

¿Con qué Alegría va a ser?
con la que vino del Cielo,
y está en San Bartolomé.

Esta realidad que explico la aprendí una inesperada noche al cruzarme con María Auxiliadora en Nervión, lugar en el que las doce estrellas que circundan su cabeza nos trazan todo un mundo de verdadera predilección

por la Virgen; y en la escuela de San Vicente, Señora Auxiliadora que refulge como un espejo de nácar ante la adversidad; y en Triana, *sentáta* del barrio y alfarera de los sueños salesianos; y en la Trinidad, compás desde el que un niño de brazos abiertos nos invita a buscar confiados el auxilio de esa Madre que nunca nos falla. Que así he podido hacerme alumno y aprendiz de estas comunidades educativas que tanto bien hacen a la sociedad con el referente inestimable de San Juan Bosco y su «sueño de los nueve años»⁸.

Y toda esta atención amorosa que Nuestra Señora siempre nos brinda quedó evidenciada hace unos meses cuando la Divina Providencia posibilitó que esta Madre de los Desamparados del Parque Alcosa pudiera extender sus brazos y su advocación protectora más allá de sus confines –justo además en el año de gracia de su cincuentenario–, y fuera la Imagen designada para presidir el Pregón de las Glorias, adueñándose por unos días de la Ciudad de la Gracia:

Es tu nombre un asidero
que a lo lejos se intuía,
y al que un barrio se encomienda
entregándote su vida.

Has cumplido medio siglo
como Madre compasiva,
y Sevilla en su intramuros
te esperaba en su alegría

⁸ San Juan Bosco tuvo ciento cincuenta y nueve sueños que luego fueron convirtiéndose en realidad. Estos sueños fueron escritos y recogidos en diecinueve volúmenes, denominados «Memorias Biográficas». El primero de ellos, conocido como «El sueño de los nueve años», lo tuvo a esa edad en el año 1.824. Titulado en sus memorias como «La Misión Futura», esta ensoñación marcó especialmente su vida al explicar su vocación de educar a jóvenes dificultosos para transformarlos en cristianos de bien.

impaciente, soñadora,
silenciosa y conmovida,
descontando atardeceres
hasta verte en sus esquinas.

Y conquistaste sus calles,
y enamoraste a la brisa,
y le hablaste a nuestras torres
de los Cielos que las cuidan,
y asomaron los vencejos
en gloriosa algarabía,
y la luna recitó
unas cuantas letanías,
mientras todos damos gracias
por tu histórica visita,
rendidos como devotos,
como tu gente sencilla,
como así se hacen las cosas
si el corazón nos lo dicta,
que no es más que darlo todo
por el amor a María,
recibiendo al Parque Alcosa
en la emoción de Sevilla.

Este relato del favor de la Virgen en las situaciones más oscuras también he podido encontrarlo en la luz de la Virgen de la Luz de San Esteban –galantería y pericia en el cuerpo a tierra de su salida frente a la amenaza de los dientes de piedra– y en la belleza límpida y serena de la Candelaria Madre de Dios, otra luz que resplandece con la extraordinaria labor de una Hermandad que pone su atención en los más humildes, en los más sufrientes, y en la rotunda presencia de Dios, Santísimo Cristo del Perdón y Caridad.

Y esta verdad tan mariana la confirmo sin dudas ni vacilaciones, porque así la he sentido intensamente, cuando mi alma subió a los Cielos de su peana hasta alcanzar el corazón alado del Amparo de la Magdalena, cénit sentimental de este ciclo, clasicismo de Viernes Santo mudado a las Glorias, Madre Nuestra en la que la presencia de María se hace obra intocable y acabada que se enreda en el virtuosismo de sus candelabros, en la sencillez de su candelería, en la joya de sus respiraderos, en su ráfaga redondeada como el sol tras la que nadie podrá ya encontrarse solo ni abandonado, sino amparado para siempre, y donde el sufrimiento y el dolor nunca más volverán a existir.

Y por eso, desbordado en esta dicha mía del atril ante tanto esplendor letífico, quiero ahora más que nunca marcharme hasta San Isidoro para pedirte especialmente, Madre mía, por todos los enfermos que porfían en esos lugares donde la Fe muchas veces se tambalea: Hospitales Virgen Macarena, Virgen del Rocío, San Lázaro, San Juan de Dios, Santa Isabel, Sagrado Corazón, Cruz Roja, y resto de centros donde se hace frente a estos males; y te pido por los profesionales que los atienden, y te pido porque nuestra Divina Enfermera de San Martín siga saliendo tanto de su Iglesia, día a día, tarde a tarde, noche a noche -y no sólo en octubre-, a desvivirse por sus cuidados.

Te lo pido así, Virgen de la Salud, con el mismo fervor con el que cada mes de mayo me asomo entre la muchedumbre para admirar tu perfil, tomando prestada la mirada amorosa con la que te busca tras su cristal el Cirineo de San Isidoro; y con esa sonrisa que se me dibuja cuando delante del paso me postro ante esa debilidad de Sevilla que es tu «Chato de la Costanilla»:

Para que juntos juguemos
yo no traigo zapatitos⁹.
Mas sí quiero que recemos
y a tu Madre dediquemos
estos ruegos infinitos.

Que en la miel de su mirada
hallo el gozo de existir,
y una dicha ilimitada
a su Gloria me traslada
para poderle decir:

«Con mi rezo desprendido
a tus plantas te lo imploro:
recompensa al desvalido
con tu Cielo prometido,
¡Salud de San Isidoro!».

⁹ Es sabido que, durante unas obras, en la actual capilla donde se encuentra la Sagrada Imagen de Nuestra Señora de la Salud aparecieron entre los escombros una serie de criptas, en una de las cuales se encontraron unos zapatitos de niña. Conservados y guardados, y movidos por alguien, aparecieron varias veces en lugares distintos. Ello motivó que en la Hermandad, y como tradición oral, se contara que aquellos zapatos pertenecían a una niña que, una vez cerrada la Parroquia, por las noches jugaba con el Niño de la Virgen, el «Chato de la Costanilla».



EL GÉNESIS Y LAS GLORIAS



entro de esa grandiosa amplitud que presentan los textos sagrados, las letras que más inspiración, afecto y curiosidad han provocado en quien ahora les habla se encuentran en la visión arrolladora que nos ofrece el «Libro del Génesis».

Esta fascinante narrativa que abre el libro de la «Torá» judía o del «Pentateuco» en la tradición cristiana, siempre produjo en este pregonero una especial atracción, una permanente inquietud que, con los años, nunca ha quedado caduca o totalmente satisfecha.

Texto distinto a todos –vestido de narrativa en mezcolanza con prosa, poesía, cuento infantil, genealogía, mito y asombro–, en su primera parte, la primigenia, nos lleva desde la división de la luz y la oscuridad del primer día, hasta el surgimiento de la inmensidad de las aguas del segundo; a la creación del mar y la tierra del tercero; a la aparición del sol, la luna y las estrellas del cuarto; y a la de los peces y aves del quinto, para finalizar en el sexto con la pieza central que componen las criaturas y la humanidad. Después, y como es sabido, llegado el séptimo Dios quiso retirarse tranquilo para crear a la Macarena.

Y también en este relato se nos habla de la aparición del pecado, del Diluvio y de la siempre sorprendente Torre de Babel o dispersión de las naciones.

La religiosidad popular –tan arraigada en Sevilla, como bien ha quedado demostrado con la reciente celebración del II Congreso Internacional sobre la materia–, adquiere un significado valor e incontestable utilidad cuando sirve, en primer lugar, para despertar nuestro amor hacia el Señor y su Santísima Madre a través de nuestros Sagrados Titulares; y, en segundo, para adentrarnos en el conocimiento y aprendizaje de esa Palabra viva que son los Evangelios, de forma tal que podamos adquirir los conocimientos que se precisan para intentar vivir nuestra Fe en comunión y coherencia con Dios. Si no antepone estas dos premisas a cualquier otra pretensión, flaco favor le estaremos haciendo a estas instituciones que en muchos casos cuentan sus añadas por siglos.

Luego, una vez atendido todo esto a través de la formación, el culto, el ejercicio de la caridad y la evangelización, ya podremos centrarnos –también en su justa importancia– en otras cuestiones y debates que son tan propios de los cofrades. A saber: que si esta marcha parece el himno de Namibia, que a ver si el año que viene el tesorero del Consejo baja un poquito el precio de las sillas, que a ver cuándo le toca a mi Hermandad presidir el Pregón de las Glorias..., y demás cuitas que nos entretienen y alegran las horas.

Pero si revertimos las prioridades, si damos a lo secundario el carácter de fundamental, nos estaremos equivocando gravemente y le estaremos irrogando un daño irreparable a lo que tanto amamos. No se trata, pues, ni de pontificar –Dios me libre– ni de descartar nada, sino de ordenarlo convenientemente: lo primero es lo primero, lo segundo, lo segundo; y lo tercero, lo tercero.

Porque, de un tiempo a esta parte, parece que hay una sensación en el ambiente, algo así como un aleteo del Espíritu Santo, que nos está llamando. Sí, a nosotros, a los cofrades. Hay una voz silenciosa, pero nítida y profunda, que parece decirnos que ha llegado con urgencia el tiempo decisivo de la religiosidad popular para ayudar a corregir esa absurda tendencia que proviene de ciertos sectores empecinados en construir un mundo nuevo sin Dios. Y, como parte de la Iglesia que somos, debemos

estar a la altura y ofrecer un testimonio claro, sincero, afable y cercano, basado en un amor eterno y sobrenatural que es mucho más grande que nuestra diminuta pequeñez.

Por eso, esto que hoy estamos anunciando –las Glorias de Sevilla– supone un reto absolutamente fundamental. Seamos responsables. Dejemos a un lado los intereses personales por culpa de los cuales muchas veces se transmite una imagen poco edificante de nuestras Hermandades. Si es necesario, renunciemos a nuestras expectativas en pos de intereses muchos mayores, que ya el Señor nos lo premiará de otra manera. Actuemos con vocación de servicio, todos juntos y unidos, con firmeza y amabilidad, y mirando al prójimo como un hermano.

Y es que, si atendemos a los últimos acontecimientos cofrades que se han venido desarrollando en nuestra Ciudad, da la impresión de que Dios nos está convocando, y que lo está haciendo desde mucho más allá de Sevilla. Ojito con esto, que estamos hablando de algo muy serio. Porque su llamada y su verdad trascienden a nuestras Hermandades, a nuestra historia, a nuestras procesiones y a nuestra forma tan maravillosa de manifestarnos. Demos un paso al frente, cofrades de las Glorias de Sevilla, cofrades en general, por Él, y para Él, porque parece que Dios está tocando a nuestra puerta:

Digamos al mundo entero
que su Amor es el mensaje,
que este ingrátido engranaje
camina sin paradero
si perdemos su sendero.
Cantemos en oratoria,
dispuestos, sin vanagloria,
alegres y sin temor,
que aquí tienes, mi Señor,
a tus cofrades de Gloria.

En cualquier caso, y retomando el hilo de lo expuesto, hay advocaciones de Gloria de nuestra Ciudad que, de siempre, han llevado a este pobre relator a identificar su real presencia, o simplemente su recuerdo, con esta narración de la Creación a la que nos acabamos de referir con el Génesis, con este libro de los comienzos, con esta explosión de paisajes y belleza extraordinaria: infinitud, atmósfera, confines, pasto, frondosidad, frescura, plenitud de la obra de Dios...

Y así tengo que pensar en Ella, en la Virgen de Guadalupe que mora en San Buenaventura: esta Madre de rostro atezado conoce bien de estos amores por su vinculación a la Orden Franciscana, y así los reparte generosamente mientras transita por ese otoño que nunca parece que es la calle Carlos Cañal. Y es que San Francisco de Asís, en su «Cántico de las criaturas», llamó «hermanos» al sol, a la luna y a las estrellas, al viento, a los animales y a los elementos de la teoría de Empédocles y Aristóteles: el agua de Tales de Mileto, el fuego de Heráclito, el aire de Anaxímenes y la tierra de Jenófanes. A todos nos consideraba miembros de una misma obra. También del Santo de Asís y de la Reina de la Hispanidad y Patrona Excelsa de Extremadura, de donde además es mi madre, solicito inspiración para rematar estas mis letras.

Y así podremos recrearnos en la morenita Virgen de la Cabeza, un destello deslumbrante de sol y plata que se irradia desde Andújar hasta San Juan de la Palma, donde también podremos admirar a la mogueña Virgen de Montemayor avanzando entre el tintineo de sus candelabros y el verdor de sus flores, y a quien parece que su ilustre paisano Juan Ramón dedicara esta hermosa imagen literaria: «¡Qué pura, Platero, y qué bella es esta flor del camino! Pasan a su lado todos los tropeles –los toros, las cabras, los potros, los hombres–, y ella, tan tierna y tan débil, sigue enhiesta, malva y fina, en su vallado triste, sin contaminarse de impureza alguna»¹⁰.

Y luego recordaremos la Gloria que quedó plasmada en los faldones –azul y blanco, cielo y nubes– de la egabrense Virgen de la Sierra, haciendo de la collación de San Roque una *Bajá* del Picacho donde todos los relojes

¹⁰ Juan Ramón Jiménez: «Platero y yo»: «La flor del camino».

se paran a las cuatro de la tarde de cada 4 de septiembre, entretanto se pasea por el esfuerzo de una ejemplar cuadrilla de costaleros, tan comprometida con las causas nobles y solidarias; y a la Virgen de las Nieves del 4 al 5 de agosto –Rosal Florido del Barrio de Santa Cruz– acotando la Judería de Sevilla, como en su leyenda, tras la blancura nevada de su manto.

Y entonces el pensamiento se marchará tras la Virgen del Prado, que al partir desde Higuera de la Sierra hasta esta Plaza del Salvador tiñe la espesura de su nombre con el color argentado de su radiante y majestuoso paso, fogonazo directo a las entretelas del alma; y tras la lucentina Virgen de Araceli, patrona del campo andaluz también de raíces franciscanas, que con su rostro de inigualable belleza nos hace recordar el sublime «Romance Sonámbulo»¹¹ de Lorca, «Verde que te quiero verde», mientras hace de Sevilla un «Altar del Cielo»¹² repujado con la luz de mayo y descendido hasta San Andrés: *Ara Coeli, ora pro nobis*.

Y raudos arribaremos a Triana, donde hasta el palio que la cubre está hecho a la exacta medida de la Virgen del Buen Aire, refugio de los mareantes y timonel de nuestra barca que al alma da sosiego con su brisa acariciante.

Y también así, henchidos de gozo, nos dispondremos a admirar, como si estuvieran al pie de las montañas y abarcando todo el espacio infinito de la Creación:

A la Divina Pastora de Santa Marina, dulzura infinita y flor imprecadera, cuya sola visión convierte al devoto que la mira en un nuevo Fray Isidoro de Sevilla que estuviera experimentando otra vez aquella aparición, tan palpable y tan real, al tiempo que todos soñamos con ser el cayado que custodian sus Damas Camareras en la salida, o un piropo lanzado en la esquina de González Cuadrado y que se acaba enredando en su pelo –que anda que no es bonito ni *ná* el pelo de esta Divina Pastora–, con letra de esta quintilla que este año recitaremos rebosantes de alegría:

¹¹ Federico García Lorca: «Romancero gitano»: «Romance Sonámbulo».

¹² Origen etimológico del nombre de Araceli («Ara Coeli»).

Ni la Tierra ni la Gloria
se igualan a tu Capilla:
¡Que reluzca en la memoria
la grandeza de tu historia
coronada por Sevilla!

Y a la Divina Pastora de San Antonio, ganándose con la inclinación amorosa de su gesto el fervor de las almas, extendiendo con la finura de sus manos la raíz de su árbol eucarístico por las calles del barrio de San Lorenzo, y enseñoreándose con un andar –invito a quien no lo haya vivido– que va guiando al redil que la sigue hasta el encuentro con la sombra agigantada de la Cruz del Señor que en su Gran Poder todo lo agiganta.

Y a la Divina Pastora de Capuchinos, verdadera Emperatriz de los Cielos y la Tierra, Madre del mundo con todos los ángeles y criaturas de Dios rendidas a sus plantas en el júbilo apasionado de la calle Antonio Machín –iluminada a su paso por fuegos que aquí no son de artificio, sino danzas emocionadas de los luceros–, e impronta devocional del Beato Diego José de Cádiz, discípulo incansable de ese rostro de coral que es más fino y delicado que la seda y más hermoso que un beso.

Y a la Divina Pastora de Triana, ¡qué atisbo de sonrisa entre zarcillos y diademas, y cuánta divinidad humanizada en la apoteosis de la calle Alfarería con el recuerdo agradecido al Padre Mijares y la devoción a Sor Ángela de la Cruz ya por siempre presente a un lado y otro del amor, a un lado y otro del río, a un lado y otro del puente, a un lado y otro de este mundo que al mirar tal conjunción se nos vuelve trianero...! Que si no te lanzo aquí una poesía que me deje estremecido y desecho, es porque al ser Tú tan Pastora, tan trianera, tan cercana, tan incomparablemente hermosa, tan única entre las únicas, ni en un millón de versos se podría describir lo que junto a Ti he vivido y guardo en el corazón, Divina Pastora de Triana, Pastora predilecta de Dios.

Y que nunca se detengan mis cantares a la de Padre Pío, ilusión identitaria de un barrio que se reconoce en el jardín sembrado en la mesa del

paso -tan riquísimo en su gama de tonalidades- y en el matiz caoba de un frontal que parece sacado del tronco del Árbol de la Vida, y que serán convertidos en luz definitiva una vez que Ella, Pastora cándida y risueña, quede enfrentada al sol de sus calles.

En todas estas Glorias Sevilla ha querido derramar su amor como Dios derramó el suyo en ese mito de la Creación que se narra en el Génesis y que el pregonero, de alguna manera, siempre vio reflejado en cada una de Ellas, todas tan llenas de amor, de expresividad, de naturaleza y de vida.

Pero si hay una Imagen Sagrada en la que todas estas apreciaciones quedan absolutamente concentradas, esa es, sin duda, aquella por la que un lugar llamado «La Rocina» dio origen a una desmedida devoción que parte de una leyenda campestre¹³, de una fábula gloriosa que cada año toma vida entre esos caminos que representan las «lenguas de fuego»¹⁴ de Pentecostés, y que se adentran en lo más bello y misterioso de esta excelsa obra de Dios. Un relato cuya veracidad sentimental cualquiera puede comprobar cada vez que las Hermandades acuden a presentarse ante esa Blanca Paloma, momento que rememora ese día de hace siglos en el que un cazador, tras descubrir a la Virgen en un espinoso lugar y desvelar el hallazgo en su regreso a Almonte, volvió a partir -esta vez acompañado de sus vecinos, del clero y el cabildo-, hasta encontrarse nuevamente con Ella y construirle en aquel mismo emplazamiento una pequeña ermita de diez varas de largo que sirviera para ensalzarla hasta el final de los tiempos.

Que Dios bendiga el día a día de estas corporaciones, su labor incansable con la que muestran al mundo la verdad de un Rocío que se basa en la alegría y en la ayuda constante al hermano que lo necesita; que Dios bendiga esos cincuenta días pascales que para el rociero son de impaciente espera; que Dios bendiga las carretas de plata que entronizan a la Madre de esta nuestra Iglesia, cuyo inicio fue consagrado con la venida del Espíritu

¹³ Léase el resumen de la leyenda sobre la aparición de la Virgen del Rocío que se contaba en las Reglas de la Hermandad Matriz de Almonte de 1.758.

¹⁴ Libro de los Hechos de los Apóstoles: 3.

Santo en presencia de los Apóstoles¹⁵; que Dios bendiga esa culminación de la Resurrección que son los *Simpecaos* agrupados en la solemne Misa de Pentecostés, faros marianos que iluminan cada uno de los itinerarios que desembocan en el corazón de la Reina de las Marismas; y que Dios bendiga la Fe de sus peregrinos, incansables evangelistas campesinos que nunca dudan en volver a partir hacia la Madre que los espera más allá de los horizontes, en un ceremonial -el camino- que en su llegada a la Ermita nos hace revivir aquel día legendario de su leyenda:

Otra vez el cazador
fue a buscar estremecido
a la Flor, que entre las flores,
arrebata los sentidos.

Y marchó desde la Villa
a curar sus desvaríos,
sin más armas que llevar
que ese amor tan decisivo.

Caminaba y caminaba
por arenas y entresijos,
entre olores de romero
bajo cielos infinitos,
con el sol incandescente
y las sombras de los pinos,
y entre sueños que decían
que la Virgen ha pedido
que la encuentren en los campos
y la saquen del olvido.

¹⁵ Libro de los Hechos de los Apóstoles: 1-4.

Caminaba y caminaba
 por malezas y por ríos,
 rebuscando entre las zarzas
 y las ramas de eucalipto,
 con los otros cazadores,
 con el clero y el cabildo,
 con los niños y mujeres,
 con los padres y los hijos,
 hasta dar con esa Flor
 del Espíritu hecha Lirio.

Es curioso. Meditad
 y pensad en lo que digo:
 Tantos siglos posteriores
 retornamos a lo mismo,
 que Triana con su Fe
 ya se va formando un lío,
 que Sevilla con su clase
 nos regala el Paraíso,
 que en el Cerro la distancia
 se llenó de peregrinos,
 que Sevilla, siendo Sur,
 busca el Norte en su camino,
 que en Tablada la Castrense
 al andar le da su brío,
 que en San Gil, con su carreta,
 se agotaron adjetivos,
 y al salir su *Simpecao*
 en el Cielo surge un brillo:
 veintidós son las estrellas
 que están con el Pastorcito.

Esta historia se repite,
 repitiéndose ese rito,
 que allá van los cazadores
 con el clero y el cabildo,
 con los niños y mujeres,
 con los padres y los hijos,
 hasta dar con esa Flor
 del Espíritu hecha Lirio.

Que al llegar hasta la Ermita
 la leyenda ha revivido,
 se ha hecho cierta en la emoción
 del final del recorrido,
 y se siente entre los «vivas»
 que proclaman convencidos,
 que el Espíritu que vuela
 y nos une a lo divino,
 se hizo Flor que permanece,
 por los siglos de los siglos,
 en los pómulos de rosa
 de la Virgen del Rocío.



SEVILLA, TIERRA DE
MARÍA SANTÍSIMA:
LAS DÉCIMAS DEL
CARMEN

Sevilla: antes que nada, y por siempre y para siempre, Tierra de María Santísima.

El 9 de enero de 1947 culminó, con la firma del decreto de concesión por parte del Cardenal Segura, el proceso por el que se incorporaba oficialmente el título de «Mariana» al escudo de armas de la Ciudad, y que no hizo más que poner de manifiesto el amor que los sevillanos han profesado hacia la Madre de Dios desde tiempos inmemoriales.

Y es que hablar de la Virgen y de Sevilla, de Sevilla y de la Virgen, es prácticamente lo mismo. Porque no hay Sevilla más sevillana que esta que se le dedica a María, que esta que nos brinda Nuestra Señora de los Reyes, Patrona de los Sastres, mostrándonos ese secreto tan preciado, y por desgracia hoy día tan en desuso, de la medida, del gusto y de la elegancia –tumbilla y corte preciso de alfayate–, aleccionando cada año sobre la forma en la que debe ser presentada una procesión en la calle: Plaza de San Ildefonso, Zamudio, Plaza de San Leandro... ¡Cuánta sevillanía en este admirable cortejo que se corona con la primera insignia bordada de las Cofradías y la sabiduría propia de quien ostenta el decanato de las Glorias de Sevilla!

Porque no hay fragancia más sevillana que la que rezuma la Pura y Limpia Concepción de Triana, frescura de juncia y río para un Corpus Chico; o la que desprende la Pura y Limpia del Postigo, Madre de este Dogma netamente sevillano, sueño permanente de los niños seises de Sevilla, relámpago de la Gracia que deslumbró a un Papa arrodillado, y

perfección manifestada en la incomparable visión de su paso que, a los sonos de Tejera, la distingue como dueña indiscutible de, tan sólo, un Arco –¡pero qué Arco!–, su Arco del Postigo:

Eres luz de la pureza
sin pecado concebida,
por Sevilla defendida
al mirarse en tu belleza.
Celeste delicadeza,
Resplandor de una esmeralda,
Princesa de un Arco gualda,
y Madre de nuestros ruegos
que fundiste entre tus pliegos
el bronce de la Giralda.

Porque no hay Sevilla más auténtica que la que se manifiesta en la Hermandad de Nuestra Señora de las Mercedes de la Puerta Real, con esa señorial impronta que otorga lo antiguo –que no viejo–, y lo verdadero: inusitada belleza que hace dificultoso mantener el pulso de su mirada en la cercanía de su besamanos o en el discurrir de la procesión por sus calles estrechas y esa Plaza tan suya. Y es que, en el momento en que sus hijos la despojan de una parte de la ráfaga para obrar el milagro de su entrada, uno solamente es capaz de exclamar, como un verso irreprimible que reventara hacia afuera: ¡cuántas más cosas le quitan, más bonita está!

Porque no hay mayor Gloria para Sevilla que poder traer hasta aquí y desde más allá de nuestros confines la enorme raigambre devocional de la Virgen del Pilar,alzada en su pedestal, y de la Hiniesta Gloriosa –«soy de Sevilla, de un capilla que está junto a la Puerta de Córdoba¹⁶»–, como generaciones que han roto fronteras para la Ciudad más hermosa del mundo.

¹⁶ Cuenta la leyenda que esta fue la inscripción que apareció a los pies de la Virgen de la Hiniesta Gloriosa cuando el caballero catalán mosén Per de Tous la encontró entre unos matorrales.

Y, en fin, porque esta unión indisoluble entre María y Sevilla se reválida cada mes de julio cuando nuestra tierra firme se hace embarcadero para acoger a la Madre que entregó a San Simón Stock, General de la Orden del Carmen, un hábito en forma de escapulario con el que poder sentir permanente en nuestro pecho la protección de la Virgen: «El que muera con él no padecerá el fuego eterno»¹⁷, dijo nuestra Madre en el Monte Carmelo.

Sevilla, antes que nada, Tierra de María Santísima, puerto seguro donde anclar el inmenso fervor que allende los mares despierta la Virgen del Carmen, y que, haciendo también mención de las del Santo Ángel y Su Eminencia, aquí veneramos en la huerta que lleva su nombre y la Parroquia de San Leandro –¡cómo suena ese «Salve, Madre» en la escalinata del Hospital Virgen Macarena!-, en la Cruz del Rodeo de la calle Calatrava, en el corazón de Santa Catalina, en la Catedral de Triana, en la Capillita del Puente, y en la Iglesia de San Gil de su barrio macareno:

Es su puerto un hospital
navegando por su huerta.
Un enfermo se despierta
y se asoma al ventanal.
Y rezando en el cristal,
cautivo de su embeleso,
por flor le regala un beso
de San Leandro a Sevilla,
que se posa en la mejilla
del Carmen en su regreso.

Como en la Cruz del Rodeo,
ocurre ante tu presencia:

¹⁷ Cuenta la tradición que esta fue la frase con la que la Virgen se dirigió a San Simón Stock cuando le hizo entrega del Escapulario, en el Monte Carmelo de Palestina, el 16 de julio de 1251.

El alma te reverencia
y reza sin titubeo.
Con gracia das tu paseo
sin que exista ni una traba:
Toda Sevilla te alaba,
toda Sevilla te ondea,
toda Sevilla rodea
al Carmen de Calatrava.

Bambalinas repujadas,
sujetas por diez varaes,
hacen sonar los metales
por sus calles ensoñadas.
Entre notas asombradas
viene la Virgen tan fina
que huele a Gloria divina,
mientras hace de este suelo
cima del Monte Carmelo,
allá en Santa Catalina.

Los Carmelitas, afables,
te cuidaron, te mimaron,
te rezaron y adoraron
con esfuerzos impagables.
Por amores incansables
renaciste, tan lozana,
como un sueño de Triana:
¡Qué feliz se ve a la Abuela
al salir la parihuela
de su Carmen de Santa Ana!

Que en este verso prosiga
el Carmen que está en el Puente.
Avanza con la corriente
y entona como cantiga:
«Hagamos lo que Él nos diga».
¡Qué admirable desafío
Ella cumple en el estío!
Seguir a Dios sin dudar,
que si Él anduvo en la mar,
Tú le sigues sobre el río.

Y el Cielo bajó a este mundo
un julio por la mañana,
y la tarde tan cercana
transcurrió como un segundo.
Gloria al barrio que confundo
con la bóveda de añil:
Fue extasiarme en tu perfil
y sentir en mi alegría,
que esta es Tierra de María
por el Carmen de San Gil.





LO VIVIDO
Y LO SOÑADO

«Porque si ha sido soñado,
lo que vi palpable y cierto,
lo que veo, será incierto;»¹⁸



l igual que a Segismundo, a los sevillanos también se nos entremezclan los sueños con la realidad cuando tratamos estas cuestiones tan principales que jalonan nuestras devociones y creencias.

Por eso no sé si fue sueño o realidad lo que a continuación les relato:

Era un sábado del mes de noviembre de un año cualquiera. El otoño acababa de vestirse con sus hojas ocres, y había cubierto con su presencia oscura todas las calles de la Ciudad. Era ya de madrugada, y el barrio de la Feria, siguiéndole los pasos a la claridad vencida, también había apagado su vitalidad. Su gente «alegre, bienintencionada, maleante y juguetona»¹⁹, tal y como la describió Cervantes en su obra sublime, hacía horas que había abandonado su trasiego diario para refugiarse en sus hogares.

La única luz que resplandecía salía como un torrente de vida desde el interior de la Parroquia de *Omnium Sanctorum*, donde Ella, entronizada ya en su paso, vigilaba despierta al mundo sobre el que reina, mientras esperaba su salida procesional en la tarde del día siguiente.

¹⁸ Pedro Calderón de la Barca: «La vida es sueño» (2.102-2.104).

¹⁹ Miguel de Cervantes y Saavedra: «El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha» (Capítulo XVII).

Y entonces, en el silencio de la noche, aparecieron todos a sus plantas, como una llamada amorosa que fuera raudamente correspondida:

Vino Santa Lucía, bandeja con los ojos que dan Fe de su milagro, palma del triunfo, nimbo de santidad, espada del martirio, delicadeza barroca y conmovedora expresión, callejeando desde San Román para enseñar a los ciegos de corazón donde se encuentra la Reina que los saca de los tormentos.

Y vino detrás San Francisco de Paula, trayendo como ofrenda para la Reina la luz de esa Estrella con la que nunca se apagó su predilección por la vida humilde y el ejercicio de la Caridad.

Y apareció San Hermenegildo, mirando fijamente a la Cruz que porta y a cuyo conjuro se abrieron las entrañas de la muralla, desde donde salió con paso decidido para postrarse ante la Reina con la Fe valiente de su conversión.

Y llegó San Antonio de Padua, traspasando mundos igual que mudó en cuerpo desde Lisboa para instalar su alma franciscana en Torreblanca -prédica fascinante y vara de azucenas-, mostrándole al Niño Jesús que porta dónde vive la Reina de sus discursos.

Y arribaron las ánimas de San Onofre, por un instante felices porque sabían que allí les estaba esperando la Reina que consuela a los que expían en el tránsito del purgatorio.

Y caminando con su vara y su serrucho de carpintero, humilde y andador, sencillo y afanoso, siempre en movimiento, sin prisas pero sin pausas, asomó San José Obrero entre claveles blancos y esa hermosa miscelánea de caoba y plata, preguntando si podía hacerse siervo de esa Reina de la maternal prestancia.

Y así, juntos, acogidos desde la delantera del paso por San Miguel y desde la peana por San Basilio, San Lorenzo, el Patriarca Señor San José, San Pedro, Santo Domingo de Guzmán y Santa Catalina de Alejandría, pudieron ensalzar a la Reina de todos ellos, de quienes con sus vidas perfectas o perfeccionadas alcanzaron la Santidad, meta de cualquier cristiano.

Y vieron entonces que, a la cadencia de sus cánticos y alabanzas, el firmamento se abría y las estrellas reverberaban; y vieron que los ángeles, alborozados y jubilosos, bajaban a flanquearla; y vieron que los vientos implacables se atemperaron y que un céfiro raso los sucedía; y vieron que las aguas furiosas se amansaron y que el frío desapareció; y vieron que las calles se engalanaban solas y que las almas de sus devotos dormían en duermevela por la emoción presentida; y vieron que en las alturas el Señor sonreía complacido por estas cosas y que todo el Universo mostraba sus ornamentos más preciados porque Ella es la Madre que mejor representa el título mariano de «Reina», no sólo de Todos los Santos, sino también de todos los rincones por los que se pasea, y de sus *mercaos* y quincallas, y de sus torres y campanarios, y de sus gentes de bien, y de su pan nuestro de cada día, y de tantos otros tesoros que seguro nos dejamos atrás:

De las mil generaciones
que en los siglos han pasado,
de su barrio de la Feria
y sus fieles cotidianos,
de las noches silenciosas
y los días adornados,
del pasado que vivimos
y el futuro que esperamos,
de los duendes de los cantes
que se asoman al ocaso,
memoria de la Alameda
escondidos en tu manto,
porque sabe San Gabriel
lo que vale su cuidado.

Que tras verte, Madre mía,
paseándote en tu paso,

todo el Cielo se te rinde,
Dios te entrega su legado,
y los Ángeles recitan,
reprochándonos el fallo:
«¡Qué corto le queda el nombre
a la Reina de *Tosantos!*!»



LAS CUENTAS
DE MI ROSARIO



tentos, que vamos a igualarnos todos con costales de arpillera, faja y zapatillas. Honradamente, honestamente, abnegadamente, como así deben ser los buenos costaleros.

Oído, que vamos a hablar del Rosario. Y para que este discurso se aprecie, el pregonero no encuentra mejor propuesta que esta de formar una cuadrilla para la Patrona de capataces y costaleros, Madre de Dios del Rosario. Una cuadrilla compuesta por todos los aquí presentes, tal y como se les ve alineados en sus asientos, pero esta vez en trabajaderas. Y vamos a poner al mando al mejor de los capataces, al hombre Santo que más quiso a la Virgen de cuantos los tiempos conocieron, y cuya predilección por el Rosario dejó plasmada por escrito en su Carta Apostólica «*Rosarium Virginis Mariae*»²⁰.

A través de este mensaje, San Juan Pablo II, capataz de las enseñanzas de María, nos dijo que el «Rosario es también un itinerario de anuncio y profundización»²¹. Y eso es lo que en este momento les propongo hacer simbólicamente bajo el paso de la Patrona de Capataces y Costaleros: profundizar en un itinerario que sirva de anuncio y estímulo para propagar este rezo maravilloso que siempre debemos frecuentar con alegría. Pero ¿con qué alegría, con la que se ve por fuera en la sonrisa o con la que se siente por dentro en el alma? ¿Otra vez la misma pregunta?:

²⁰ 16 de octubre de 2002.

²¹ San Juan Pablo II: Carta Apostólica «*Rosarium Virginis Mariae*» (Capítulo 1:17).

¿Con qué Alegría va a ser?
Con la que vino del Cielo,
y está en San Bartolomé.

Vamos pues a ponernos en el palo, que ya han sonado los tres golpes de llamador. Mostremos nuestra ilusión y partamos desde la Real Parroquia de *Señá* Santa Ana hasta el Barrio León. Entreguémonos a su devoción para llegar exultantes a las plantas de la Virgen, y dediquémosle este Rosario allí glosado entre naranjos y azahar venidero, olor imaginado para los sentidos y emoción para el espíritu.

Oído, que después pondremos rumbo hacia la antigua Resolana del Arenal. Andemos con armonía y sin prisa, que una vez que arriemos el paso podremos calmar la sed del esfuerzo con el venero que brota del Cristo de las Aguas: vamos, poquito a poco, a configurarnos con Él, a identificarnos con Él, a hacerlo nuestro hasta –como dejó escrito este Papa en su Carta de alabanza al Rosario– «respirar sus sentimientos»²².

Una vez sosegada esta necesidad con Las Aguas del Dos de Mayo, démosle categoría al trabajo al adentrarnos por las vías más clásicas del centro: primero, dando gracias a Dios por poner entre nosotros al Rosario que late en el corazón de la Catedral de Sevilla, y con la que, a buen seguro, y como bien se nos dice en este texto que ahora nos sirve de guía, «mientras es honrada la Madre»²³, el Hijo será más «debidamente conocido, amado y glorificado»²⁴, Virgen del Rosario de la Corona; y luego en la quietud de Montserrat, Templo en el que, como bien nos indica San Juan Pablo II, es «indispensable ponerse a la escucha»²⁵ y cultivar el silencio para apreciar bien esta oración.

Pero no nos durmamos en los laureles, que a lo lejos ya se atisba la elegancia de San Vicente, donde al caer la tarde nos espera un rezo del

²² *Ibíd.*: (Capítulo 1:15).

²³ *Ibíd.*: (Introducción: 4).

²⁴ *Ibíd.*

²⁵ *Ibíd.*: (Capítulo 2:18).

Rosario que –escuchemos otra vez a este Papa que ahora manda tras los respiraderos– «exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso»²⁶ dedicado a Ella. Así que, tras verla encajada en el marco perfecto que conforman los naranjos de su salida, y aún frescos los sonidos mañaneros de los ministriles, entonemos nuestra oración tal y como se nos ordena, con delicadeza y finura, saboreando cada Misterio, cada Padrenuestro, cada Avemaría, cada Gloria y cada jaculatoria, todo para Ella.

Sigamos ganándole terreno al trabajo, que luego tendremos que marchar hasta el entorno de Santa Catalina para seguir edificando de la mano del Rosario este «camino de María»²⁷, al decir de la Carta Apostólica de nuestro capataz. Y qué mejor forma de andarlo que acompañarla en el regreso idealizado de los alrededores de la Plaza de San Pedro, ¡vaya un camino precioso para la Virgen, tan popular y amorosamente acompañada, como igual la quiso el niño monaguillo de su leyenda!²⁸

Y con el ánimo intacto vamos a darle paso a la trasera, que en Torneo hay amplitud suficiente para llegar a tiempo hasta el Rosario de los Humeros, Madre, que, según escribió el Papa Wojtyła en esta Carta, «tiene la sencillez de una oración popular»²⁹ a la par que una marcada «profundidad teológica»³⁰ para quien así sienta esta exigencia. Y es que son tantos los dones recibidos en su Rosario de la Aurora, iniciado en su

²⁶ *Ibíd.*: (Capítulo 1:12).

²⁷ *Ibíd.*: (Capítulo 2:24).

²⁸ Cuenta una leyenda que al ir a encender una lámpara de aceite que permanentemente ardía delante de la Virgen, la voz de Nuestra Señora le alertó para que avisara al clero porque el techo que la cubría se encontraba en ruinas. Como el monaguillo respondió que nadie le creería en la narración de este suceso, Ella le tranquilizó anunciando que, cuando todos se presentaran para comprobarlo, el Niño Jesús que porta estaría cambiado de brazo, como así ocurrió. Este es el motivo por el que esta Virgen sale en su procesión portándolo en su brazo derecho y no en el izquierdo, como es habitual en el resto de imágenes del Rosario, a excepción de la de los Humeros, que también lo presenta en el derecho.

²⁹ San Juan Pablo II: Carta Apostólica «*Rosarium Virginis Mariae*» (Conclusión: 39).

³⁰ *Ibíd.*

Capilla y culminado en el Convento de Santa Rosalía, que Ella misma dispone para su procesión posterior que un hogar de la calle Dársena se convierta por unas horas en la «Casa de los Niños de la Virgen», desde cuyos balcones unos cuantos infantes asomarán con su amor inocente para cubrir de pétalos a esta preciosísima joya del Rosario.

Mas no perdamos el son, que después tendremos que llevar estas intenciones a la collación de San Julián, que si «el Rosario está centrado en el crucifijo»³¹, tal cual nos insiste en su escrito este Santo que capitanea nuestra cuadrilla, no hay mejor forma de honrar a esta Madre de piedra y ojiva que parándonos en su casa para postrarnos ante la Buena Muerte de su Hijo en la Cruz: Rosario de San Julián, arrebatadora Imagen que, parafraseando al poeta Juan Sierra, va llevándose consigo «todo el oro de la tarde»³² por el laberinto sentimental que conforman los recovecos del barrio.

Y venga arriba esos cuerpos que así, más derechos que nunca, gateando con gracia, con los pies muy juntitos, con los riñones bien metidos, con la cintura justa y la elegancia propia de los costaleros macarenos, traspasaremos el Arco de nuestros sueños y el lugar donde habita la Gloria de la Esperanza Eterna. Porque allí, en la Gloria, es donde mejor se puede rezar el Rosario. Escuchemos si no la llamada que en su texto le dedica este capataz vestido de blanco, haciendo suyas las palabras del Beato Bartolomé Longo, apóstol del Rosario, y que encuentran su expresión más identificable en la Basílica de la Macarena: «Oh Rosario bendito de María, dulce cadena que nos une con Dios, vínculo de amor que nos une a los Ángeles, torre de salvación contra los asaltos del infierno, puerto seguro en el común naufragio, no te dejaremos jamás. Tú serás nuestro consuelo en la hora de la agonía. Para ti el último beso de la vida que se apaga. Y el último susurro de nuestros labios será tu suave nombre, oh, Reina del Rosario de Pompeya; oh, Madre nuestra querida; oh, Refugio de los

³¹ *Ibíd.*: (Capítulo 3:36).

³² Juan Sierra: poemario «María Santísima» (extracto dedicado a la Esperanza Macarena).

pecadores; oh, Soberana consoladora de los tristes. Que seas bendita por doquier, hoy y siempre, en la tierra y en el cielo». ³³

Y así, con estas palabras de cierre de su Carta Apostólica grabadas en mi alma imperfecta, a Ti me dirijo entregado y rendido en este final del recorrido, bendita y macarena Virgen del Rosario: Esencia, Alma, Luz, Tallo de la Rosa de Oro, Fuente de todo lo bueno que podamos realizar y Manantial incesante de nardo y gracia, de sueño y flor.

A Ti, que eres paz y armonía en la sombra de esa Madre Universal de la Esperanza que sobrevuela todas las fronteras; a Ti, que supiste encontrar desde los albores de nuestra Corporación la más fecunda semilla del hondo sentir macareno; y a Ti, que reúnes en tu rostro la más bella manifestación de la contemplación cristiana, acudo una vez más para realizar pública protesta de Fe sin necesidad de majestuosa Función Principal de Instituto que realce aún más tu delicada y frágil hermosura. No nos dejes sin el cobijo de tu manto, y entrégnos ese amanecer primaveral con el que soñamos los macarenos cuando llega el mes de octubre. Ofrécnos todas las grandezas que cuelgan de las letanías que hicieron santo y bendito a tu nombre, y consigue hacer brillar en nuestro interior la expresión amorosa de un barrio que, aún lejana la Cuaresma, caerá rendido ante el discurrir tu Imagen:

La tarde viene muriendo,
y el mundo mira asombrado,
que octubre llega a su fin,
y en Ti se va suspirando,
diciéndote en un susurro
que el Cielo empieza en el Arco,
y acaba donde se pose
la ráfaga de tu paso,
el eco del llamador,
la luz de tus candelabros,

las huellas de tu cuadrilla,
el cetro de tu reinado,
el ascua de medialuna,
el sueño de tu regazo,
el brillo de tu corona,
el hilo de tus bordados,
el blanco de tu clavel,
el tallo de cada nardo,
aromas que te perfuman
y marcan el calendario
de un tiempo en la Macarena,
que en prenda y oro guardamos
en ese cofre sin cierre,
que son las calles del barrio.

Y aquél que con sus penurias
se adentre allí sin reparos,
verá la Gloria en la Gloria,
tendrá la Gloria en sus manos,
pues Gloria da tu mirada,
y Gloria ya respiramos,
y Gloria se hacen los ojos,
que en Gloria se han impregnado,
que así se alcanza la Gloria,
si todos damos a cambio,
la ofrenda más macarena,
un rezo santificado,
bañado por la Esperanza,
que brota de entre los labios,
al ver que salen las cuentas,
las cuentas de mi Rosario.

³³ San Juan Pablo II: Carta Apostólica «*Rosarium Virginis Mariae*» (Conclusión: 43).



EPÍLOGO: LO APRENDIDO



As tus plantas, Madre Nuestra del Santo Rosario, y a mayor Gloria de Nuestro Padre Jesús de la Sentencia y de su Bendita Madre, deposito estas palabras en las que seguro ha habido más intención que acierto, y con las que he pretendido llenar toda esta Iglesia Colegial con la presencia constante de la Virgen gloriosa. Aquí acaba el empeño, aunque no creo que el éxito. Mas, en cualquier caso, abrumado me apresto a apagar la voz porque es mucho lo que he aprendido en este tiempo reciente gracias a las Hermandades de Gloria de esta sublime Casa de María a la que llamamos Sevilla. Diría incluso que en su seno, más que aprender, he podido confirmar que es posible hacer realidad esos ideales que siempre deberían regir en nuestras Corporaciones. Por eso todas y cada una de ellas merecen este reconocimiento, y este reconocimiento les brindo, no con la compasión propia de quien por caridad lo necesita, sino como Instituciones imprescindibles para el mantenimiento de la Fe y la piedad popular de nuestra Ciudad.

En este año jubilar, el Santo Padre Francisco –quien ya goza de la presencia real del Señor y a quien tributamos este afectuoso recuerdo–, nos ha pedido que seamos «Peregrinos de la Esperanza»³⁴, lema cuya importancia quedó refrendada el pasado 3 de diciembre de 2024 –fecha ya por siempre grabada a fuego en los cielos del orbe católico–, y en la que

³⁴ Lema del Año Santo o Jubilar 2025. Léase la Carta del Santo Padre a Rino Fisichella, Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, de 11 de febrero de 2022.

la Rosa de Oro de la cristiandad, por voluntad del mismísimo Dios, fue sembrada en las huertas de la Macarena, floreciendo desde entonces a los pies de la Santísima Virgen de la Esperanza para gozo de todas las generaciones pasadas, presentes y futuras en esta su devoción verdaderamente infinita y universal. Por tal motivo, y agradeciendo a las Hermandades de Gloria esta encomienda que con el corazón he afrontado, les ruego que me permitan una última y cariñosa licencia de despedida con la que depositar en el interior de este Templo la verdad definitiva:

Para querer a María,
no hace falta la riqueza,
ni escribirle con destreza
una hermosa poesía.
Para querer a María,
es tan sólo necesario
ese rezo de a diario,
y el amor sincero y pleno,
que le ofrece un macareno
a su Virgen del Rosario.

Mas no esperes al final,
que la Gloria está presente
donde el tiempo es diferente
y no corre por igual.
Sigue el rastro maternal
que a sus ojos te encadena,
y abre el Cielo que Ella llena
entonando con voz clara,
que la Gloria está en tu cara,
Esperanza Macarena.

He dicho.

